



Ilustrador: Héctor Palacios

Homenaje

Juan, te estamos esperando

Hoy, como casi todos los días desde el año 2000, te estamos esperando para ensayar. Debería recordar también una experiencia anterior –en 1970– de cuando vos y yo compartimos los ensayos y las funciones de *El sargento Musgrave*, del autor inglés John Arden, en el Teatro IFT de Buenos Aires. Un fracaso en verdad pedagógico, uno de esos que dejan huella didáctica por un tiempo realmente largo. Por eso prefiero volver al 2000, ya más confortable y en Tucumán, a partir del momento en el que Mariana y vos decidieron llamarle para que los dirija en mi obra *En casa dominó*. Título que termina por otorgarle nombre al grupo con el que nacimos en el teatro Alberdi de San Miguel de Tucumán y con el que habremos representado algo así como unas veinte piezas, hasta tu última partida, esta que nos sometió a un duelo inesperado y de tan compleja elaboración.

Ahora, que te seguimos esperando, sin previo aviso y sin más razones que la carencia de razones, vaya uno a saber por qué se me trepan al teclado aquellos versos de Miguel Hernández, los de su Elegía: “En Orihuela, su pueblo y el mío, se me ha muerto como del rayo Ramón Sijé, con quien tanto quería”. Rescate de tus siempre recordadas enseñanzas, heredadas de uno de tus maestros, Pedro Asquini, fundador con Alejandra Boero de Nuevo Teatro, aquella que rezaba “a ensayos y funciones se llega tarde o se falta con el certificado de defunción en la mano” una que ahora tal vez se resignifica para siempre y sin necesidad de exhibir constancia

alguna, por cierto inexistente. Sos vos, nada menos que vos, Juan Tríbulo, el que está faltando. Han cesado de carecer de sentido las preguntas. Nosotros te seguimos esperando y te confieso que nos duele a lo loco el corazón y la cabeza.

Me acuerdo de que, en francés, a los ensayos se les llama *répétition* y entonces me ilusiono con otros usos de la palabra tales como reencarnación y recurrencia, pienso sin voluntad alguna de pensarlo en el “eterno retorno” y en el “cuarto camino”, me acosan los nombres de Ouspensky y de Gurdjieff y me ilusiono con la fantasía de retomar en otro plano este y otros diálogos contigo, tan abruptamente interrumpidos.

Juan, te aseguro que aún te estamos esperando. Y otra vez acude, sin invocarla, la presencia del dulcísimo Miguel Hernández para convertir en palabras esta delirante espera que, en el límite del asombro, de pronto nos paraliza y te interpela: “[...] que tenemos que hablar de muchas cosas, compañero del alma, compañero”.

Leonardo Goloboff